

INVITA

CION

A

JAIME NUBIOLA

PENSAR

3.^a
EDICIÓN

RIALP

JAIME NUBIOLA

INVITACIÓN A PENSAR

Tercera edición
EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

A mi padre que,
durante muchos años,
ha sido mi primer lector

Índice

[Portada](#)

[Portada interior](#)

créditos

[Dedicatoria](#)

[Presentación](#)

[Lanzarse a pensar](#)

[La importancia de pensar](#)

[Leer para vivir](#)

[El laboratorio de las ideas](#)

[Entre la sociedad y la soledad](#)

[La gente joven](#)

[Vivir de estreno](#)

[Los nuevos románticos](#)

[El imperio de la diversión](#)

[¿Piensan los jóvenes?](#)

[El estudiante y la gestión del tiempo](#)

[Estilos de vida](#)

[El placer de comprar](#)

[Ídolos del consumo](#)

[Redes virtuales y vida real](#)

[El cambio de clima que necesitamos](#)

[Vivir en paz](#)

[Tiempo de agobios](#)

[Con buen humor](#)

[La tragedia del suicidio](#)

[Nuestro gusto es servirles](#)

[No más atascos](#)

[Sexo y amor](#)

[Publicidad íntima](#)

[El sexo enloquecido](#)

[El nombre del sexo](#)

[Entender la violencia de género](#)

[La batalla de la pornografía en la cultura actual](#)

[La pornografía no es arte, sino explotación sexual](#)

[La familia es clave](#)

[Derecho a ser feliz](#)
[¿Se puede repetir?](#)
[Ande o no ande, familia grande](#)
[Receta familiar: más SOPA](#)
[El debate político](#)
[El valor del debate](#)
[Amigos y enemigos](#)
[La voz del corazón](#)
[La matanza de los inocentes](#)
[Caín en la T4](#)
[La paz en el mundo](#)
[¿Es posible la paz en Jerusalén?](#)
[El mal de la guerra](#)
[El lío de las razas](#)
[Volver a ser hermanos](#)
[Religión y vida](#)
[El espíritu de Praga](#)
[Un Papa esperanzador](#)
[La última patraña](#)
[Minutos de silencio](#)
[La Universidad](#)
[Dar la vida](#)
[Cómo defender la libertad](#)
[En busca de la excelencia](#)
[Profesores que quieren aprender](#)
[Para seguir pensando](#)
[La vida intelectual: pensar, leer, escribir](#)
[El placer de leer](#)
[Aprender a escribir](#)
[Conclusión](#)
[Origen de los textos](#)
[Índice de nombres](#)

Presentación

Nuestro mundo necesita gente que piense por su cuenta y riesgo, y este libro es una invitación para hacerlo: nadie puede pensar por nosotros. Hace no mucho tiempo alguien me preguntó si yo era un filósofo o un profesor de filosofía. Le contesté que soy profesor de filosofía y que me dedico a pensar y a invitar a otros a pensar y a escribir. De ahí nace el título de este libro. «No querría con mi libro ahorrarles a otros el pensar, sino, si fuera posible, estimularles a tener pensamientos propios», escribió Ludwig Wittgenstein en el prólogo de sus Investigaciones filosóficas. Algo parecido me gustaría decir al presentar estos textos, quizá circunstanciales, pero escritos siempre con una pretensión de radicalidad.

En los últimos años he leído muchos testimonios, libros y reflexiones sobre el Holocausto, sobre el exterminio organizado de millones de seres humanos a manos de una despiadada maquinaria criminal ante la pasividad más o menos ignorante de la mayoría. Como escribe Primo Levi de sí mismo, la necesidad de comprender forma parte también para mí de las necesidades básicas: «Junto con el miedo, el hambre y el cansancio físico, sentía una necesidad extremadamente apremiante de comprender el mundo que me rodeaba», anota Levi. Quizá por eso soy filósofo, empeñado en comprender por qué hacemos los seres humanos lo que hacemos y cómo podemos ayudarnos unos a otros a mejorar, ensanchando nuestra razón hasta comprender las razones de los demás y, sobre todo, abriendo nuestros corazones.

Con mi libro aspiro a que los lectores crezcan en confianza en su propia manera de pensar como medio eficaz para resolver —casi siempre provisionalmente— los problemas que surgen en la vida y también a que se abran a las

opiniones y las experiencias de los demás, a que se decidan a aprender de los demás y ensanchen así su capacidad de amar. No es pequeña la pretensión. Cuando estudiamos la historia de los problemas, las diversas maneras de formularlos y las mejores soluciones que se han propuesto, llegamos de ordinario a ser personas más razonables y a veces podemos incluso llegar a pergeñar nuevas ideas o enfoques que hagan crecer la razonabilidad en este mundo nuestro. Más aún, se trata de que pensemos todos y cada uno para que ninguna vida sea superflua. Como enfatizó Hannah Arendt, sólo si cada uno vive creativamente, pensando con radicalidad, puede resistirse a la banalidad que es, en definitiva, el mayor peligro que se cierne sobre nuestras vidas.

No es este, por tanto, un libro para ser leído de un tirón, sino que más bien hay que leer solamente un artículo cada vez y después pararse a pensar un rato y —si fuera posible— a escribir otro rato para expresar el propio parecer. Es la mejor manera de progresar en nuestra comprensión. George Steiner escribió que un intelectual es aquel ser humano que cuando lee un libro tiene un lápiz en la mano. Recomiendo al lector que haga eso con este libro y que con el lápiz subraye —si es el caso— lo que más le guste y anote con fuerza al margen un NO cuando esté en desacuerdo con lo que yo he escrito. Y sobre todo, que en un papel vaya garabateando las razones de su desacuerdo, sus opiniones y reacciones ante los problemas que trato. Las cuestiones que han atraído mi atención son polifacéticas, tienen muchas caras; y pueden abordarse desde muchos puntos de vista. Yo expongo con sencillez lo que pienso; no me considero —ni mucho menos— el dueño de la verdad. Tal como expresó el poeta Salinas, «Todo lo sabemos entre todos» y, por supuesto, siempre se puede pensar más: casi siempre la clave está en hablar más con los demás. He agrupado los textos en diez áreas temáticas más

generales, de forma que el lector pueda acudir directamente a aquellas cuestiones que más le interpielen.

Debo gratitud a mi padre —a quien dedico este libro—, pues fue él muchas veces el primer lector de los textos originales. En particular le debo, además, la hermosa ilustración de la cubierta. Mi agradecimiento se extiende también a muchos otros que leyeron los borradores iniciales y me hicieron llegar sus sugerencias y correcciones —que mejoraron mucho los textos— y sus comentarios, que a menudo me hicieron pensar mucho. Mi deuda es realmente enorme. Quiero mencionar expresamente al menos a Sonsoles Abascal, Ceci Acuña, Itziar Aragüés, Marian Arribas, Gloria Balderas, Sara Barrena, Fernando Batista, Maneco Bayas, Hedy Boero, Jorge Daniel Brahim, Rafael Tomás Caldera, Alejandra Carrasco, Hugo Carretero, María Rosa Espot, Marta Farré, Julia Fernández, Leandro Gaitán, Enrique García-Máiquez, Elisa Gayarre, Aránzazu Gutiérrez, Teresa Hernández, Catalina Hynes, Santiago Legarre, José de León, Ángel López-Amo, Jacin Luna, Ainhoa Marin, Álvaro Márquez-Fernández, Izaskun Martínez, Lucas Monsalve, Beatriz Montejano, Marcia Moreno, Joaquín Monzón, Elsa Muro, mis hermanos Eulalia, Maite y Ramon Nubiola, José Antonio Palacios, Marta Pereda, Julio Pérez-Tomé, Mabel Prieto, Sara Román, María del Sol Romano, Ana Romero, Javier Sáez Castresana, Patricia Saporiti, Marta Vaamonde, Teresa Villaverde, Gabriel Zanotti y muchos otros más. Agradezco de todo corazón el eficiente apoyo de Santiago Herraiz como editor y la colaboración de Ainhoa Marin para la confección del índice de nombres.

Pamplona, 8 de septiembre de 2009

Lanzarse a pensar

La importancia de pensar

No es infrecuente escuchar que la culpa de los males que en el siglo XX han afligido a la humanidad se encuentra en la filosofía moderna, sea por el individualismo de Descartes, el colectivismo de Marx o el nihilismo de Nietzsche. Quienes hacen afirmaciones así suelen añadir que el problema más grave del momento presente es que la cultura ha adoptado una mala filosofía, un sistema erróneo de pensamiento. Esta posición resulta relativamente cómoda, pues traslada la solución de los problemas al trabajo de unos especialistas, los filósofos, que son quienes deberían proporcionar las soluciones, mientras que se estima que el individuo de a pie lamentablemente no puede hacer nada.

Sin embargo, esta manera de enfocar las cosas, de considerar que hay filosofías buenas y malas como si fueran mantelerías de fiesta o de diario, colonias de lujo o a granel, no es la mejor manera de abordar esta cuestión crucial. Lo que nos pasa no es que no sepamos lo que nos pasa, como decía Ortega; ni tampoco el problema es que pensemos mal o que hayamos adoptado una mala filosofía. Lo que nos pasa —me parece a mí— es que en nuestra sociedad se ha renunciado abierta o solapadamente a pensar. Quien se para un momento a reflexionar por su cuenta advierte de inmediato que en la aldea global cualquier forma de pensamiento libre y creativo ha caído víctima del ensordecedor ruido general: el ipod, el móvil, la televisión y la playstation han ahogado el pensamiento, particularmente entre los jóvenes. Aquello que escribió Pascal de que «toda la desgracia de los hombres viene de una sola cosa: el no

saber quedarse a solas en su habitación» es ahora más verdad que nunca.

Pensar es difícil. No proporciona una gratificación instantánea como la mayor parte de las cosas que consumen los jóvenes. Quien piensa es considerado a menudo como un ser extraño, como un extraterrestre. Precisamente somos los filósofos quienes tenemos como profesión recordar a la humanidad que no se puede vivir sin pensar, que no podemos trasladar nuestras decisiones a otros, sean las modas, las mayorías o la tradición. Sócrates, el primero de los filósofos, se veía a sí mismo como un tábano puesto sobre su ciudad, Atenas, para que no se amodorrara. Su tarea era enseñar a pensar con libertad. «Más vale padecer el mal que cometerlo», decía, y afirmaciones como ésta le llevaron a ser condenado a muerte. Posiblemente nunca ha estado de moda pensar.

La conflictividad es un rasgo inevitable de la convivencia humana en todos sus niveles: desde la familia hasta la comunidad internacional, pasando por la comunidad de vecinos, la organización profesional o, por supuesto, el Parlamento de una sociedad democrática. Cuando los seres humanos nos ponemos de verdad a pensar descubrimos de inmediato que tenemos opiniones distintas sobre cómo hay que hacer las cosas y eso nos incomoda, pues muchas veces ni siquiera sabemos cómo llegar a un acuerdo. Muchos renuncian a pensar precisamente para evitarse conflictos: basta con hacer lo que hace la mayoría. «Lo hacen todos» es el argumento moral definitivo en favor de una posición cualquiera porque nos exime de pensar. Cuando en mi infancia usaba yo este argumento ante mi madre, ella siempre me respondía con enorme convicción: «¿si todos se tiraran por la ventana, tú te tirarías?». Ante esa pregunta, yo me asomaba tímidamente a la ventana para mirar, «por si acaso» —decía—, pero sólo llegué a entender la fuerza de su argumento muchos años después.

Lo importante era la convicción de mi madre y quizá se encuentre en ella el origen de mi vocación filosófica. Sólo vale la pena dialogar —como ha escrito Rhonheimer— «donde las convicciones se toman en serio, como expresión de la convicción subjetiva de que la propia convicción corresponde a la verdad». Mi madre me daba sus razones porque estaba convencida de la verdad de su posición, pero sobre todo porque quería enseñarme a pensar por mi cuenta. Transferir las decisiones personales a «lo que hacen todos» equivale a tirarse por la ventana, esto es, a dejar de pensar.

Leer para vivir

«Un día leí un libro y toda mi vida cambió». Con esta maravillosa frase —quizá la mejor del libro— comienza *La vida nueva*, la única obra que he leído del reciente premio Nobel de literatura, Orhan Pamuk. Un sólo libro cambió la vida del protagonista de esta novela ambientada en Turquía, y muchos libros, leídos con gusto, pueden cambiar también la nuestra. «Nacemos para saber —escribió Gracián—, y los libros con fidelidad nos hacen personas». Los libros cambian nuestras vidas porque ensanchan nuestra imaginación al fundirla con la de sus autores.

Quien no haya pasado muchas noches de su infancia y adolescencia leyendo furtivamente en la cama a la luz de una linterna, puede descubrir al llegar a la Universidad que se ha perdido algo realmente importante. Pero, como tantos otros universitarios, puede congratularse de que ha hecho, justo a tiempo, el descubrimiento que cambiará su vida, ya que a los dieciocho años todavía no se ha calcinado totalmente su imaginación a pesar de haber seguido durante años una dieta unilateral de televisión. Cuando viajo en avión compruebo siempre que hay dos tipos de seres humanos claramente diferenciados: unos que, cuando no duermen, comen o miran a la pantalla, hacen sudokus y

crucigramas para disipar su aburrimiento y otros que disfrutan viajando porque van leyendo maravillosas novelas.

No hace mucho tuve ocasión de cenar en un hotel de cinco estrellas en Palma de Mallorca, soberbiamente decorado, que había sido totalmente renovado pocos meses antes. Estuve admirando las magníficas colecciones de armas y de soldaditos de plomo que adornaban muchas de las paredes. En mi recorrido, encontré una sala que ostentaba en la puerta el letrero «Biblioteca». Me asomé y pude ver una mesa muy elegantemente preparada para una reunión de gente importante. Me acerqué a la única estantería que había y tomé uno de los libros: para mi sorpresa descubrí de inmediato que eran sólo decoración, cajas de cartón vacías pintadas por el lomo para que parecieran libros.

La biblioterapia, la curación a través de la lectura, tiene una eficacia comprobada. «Aplíquese este libro en la parte enferma del paciente, y la cura puede ser milagrosa», dejó escrito Leopoldo Marechal. Quien no sepa qué leer puede preguntar a cualquier otra persona «más leída» que tenga cerca, puede acudir a la biblioteca más próxima o asomarse al listado «Cien novelas del siglo XX para su biblioteca», preparado por el crítico literario Pedro de Miguel (1956-2007), disponible en internet. A quienes están comenzando a leer puede darles buenas pistas la página web «Libros inolvidables». En todo caso, lo importante es llegar a descubrir personalmente que en las estanterías de las librerías y las bibliotecas hay millares de joyas literarias antiguas y recientes capaces de cambiar por completo nuestras vidas. Como escribió Belén Gopegui, realmente «leemos para vivir».

El laboratorio de las ideas

Hace unas semanas vino a visitarme una antigua alumna y me trajo como regalo un ejemplar de la reciente publicación en castellano de los Cuadernos (1894-1945) de Paul

Valéry. Se trata de una selección de más de 500 páginas de algunos de los mejores pensamientos contenidos en los 261 cuadernos que este afamado poeta escribió a lo largo de su vida. El autor de *El cementerio marino* solía despertarse temprano y a lo largo de más de cincuenta años fue llenando sus cuadernos con las reflexiones que venían a su cabeza en la madrugada. Por ejemplo, ayer leía «es necesario trabajar para Alguien, y no para desconocidos. Es necesario apuntar hacia alguien, y cuanto más claramente lo apuntemos mejor será el trabajo y el rendimiento del trabajo. La obra del espíritu sólo está completamente determinada si hay alguien ante ella. El que se dirige a alguien se dirige a todos. Pero el que se dirige a todos no se dirige a nadie». ¡Cuánta sabiduría práctica sobre el oficio de la escritura en tan pocas palabras!

A mí me gusta mucho este tipo de cuadernos, tan frecuentes en la tradición literaria francesa. Constituyen un auténtico laboratorio de ideas, porque muestran cómo nacen esas ideas y cómo se enriquece la vida del autor con la reflexión a partir de sus anotaciones. También me gustan porque muestran siempre la lucha interior del escritor por aprender a expresarse y por aprender a comportarse y a relacionarse con quienes tiene alrededor. Viene a mi memoria ahora el grito de mi admirado Albert Camus en sus *Carnets*: «Castidad, ¡oh, libertad!» y unas páginas más adelante: «No puede vivir uno todo lo que escribe. Pero trata de hacerlo».

Con estas líneas quiero animar a los lectores a que busquen un cuaderno —o una palm (o un iPhone) eficiente— y traten de poner por escrito de manera habitual sus reflexiones sobre lo que llena su mente, lo que les preocupa o quizá simplemente les entretiene. Si lo hacen con atención y con tenacidad, pronto descubrirán que su vida se ensancha creativamente de formas del todo insospechadas; advertirán que logran un mayor protagonismo de su propia vida y comprobarán —quizá con sorpresa— que incluso se les

ocurren a veces ideas nuevas. Nunca es demasiado tarde para comenzar a reunir sistemáticamente las anotaciones; si están en papeles sueltos o en la típica servilleta de papel se pierden lamentablemente al poco tiempo. En síntesis, ponerse a escribir es el secreto que abre la puerta para adentrarse en un estilo de vida realmente creativo.

El cuaderno como tesoro

Resulta de muy escaso interés el registro pormenorizado de los incidentes cotidianos de la propia vida, pero en cambio sí que facilita mucho la creatividad personal el tener una libreta en la que uno vaya atesorando sus reflexiones u ocurrencias casuales, una detrás de otra, sin más título quizá que la fecha del día en que las escribe. A algunos les importa que el cuaderno sea bonito por fuera; a mí me basta un cuaderno escolar con rayas y espiral con tal de que la textura del papel sea adecuada para escribir con pluma.

Ese cuaderno sirve, en primer lugar, para coleccionar las ideas que se nos ocurren espontáneamente y que si no apuntamos enseguida —todos los mayores de 40 años tenemos penosa experiencia de ello— se nos olvidan por completo al poco tiempo. Pero además de las ideas propias, el cuaderno va muy bien para guardar las palabras de otros que nos han llamado la atención al escucharlas o leerlas, porque nos han parecido estimulantes. Como dicen los estadounidenses, esas palabras acertadas, si las atesoramos por escrito, constituyen verdaderamente *food for thought*, alimento para el pensamiento. Basta con anotarlas de forma más o menos literal, indicando si es posible la fuente para poder citarlas si en el futuro quisiéramos recurrir a ellas.

Un cuaderno así no ha de tener un carácter confesional e íntimo, sino más bien una cierta pretensión literaria. Su redacción ha de estar movida por un esfuerzo creativo y comunicativo que permitiera, si llegara el caso, su lectura por otros. Se trata más bien —ha escrito el literato español Jiménez Lozano— de «un espiguelo de notas que voy toman-

do sobre un cuadro o un paisaje que me emociona y no sobre mi vida (...). No me interesa mirar por la cerradura de los que solo relatan sus fisiologías. Me atrae más la vida clandestina del alma». Muchas veces lo que anotaremos será nuestra reflexión ante una noticia, una consideración a propósito de una lectura, una película o una impresión recibida. Se trata de algo parecido a las glosas de Eugenio d'Ors, o al texto breve que algunos intelectuales publican regularmente en su blog, con libertad tanto en la extensión y en la forma, como en su periodicidad. Lo importante — me parece a mí— al escribir nuestras anotaciones personales es esa pretensión comunicativa. Quienes tienen buena mano pueden, además, hacer pequeños dibujos, gráficos o caricaturas que al releer el cuaderno ayudarán mucho a entender qué se quería decir.

El escribir conjura nuestra soledad y permite también que vayamos atesorando nuestra experiencia. Para Wittgenstein, —cuenta su biógrafo McGuinness— el propósito fundamental de llevar un cuaderno así era «alcanzar una auténtica comprensión de su vida tal y como realmente era: ajustar cuentas consigo mismo». Con el paso del tiempo, al releer nuestras reflexiones entendemos muchísimo mejor nuestra vida. «La escritura —explica Hadot— hace cambiar de nivel al yo, lo universaliza. (...) El que escribe se siente de alguna manera mirado, ya no está solo, sino que forma parte de la comunidad humana silenciosamente presente».

El cuaderno como bálsamo

Quien escribe en su cuaderno progresa en la comprensión de sus problemas y angustias, y de ordinario cosecha incluso una cierta paz y serenidad de su trabajo como escritor. El escribir aquietta la angustia porque transforma la incertidumbre imaginativa sobre las posibilidades futuras en atención paciente a la tarea escritora. La maravillosa literata danesa Isak Dinesen escribió que todas las penas pueden soportarse si se cuenta una historia acerca de ellas. Por eso me parece que un cuaderno puede ser un bálsamo, como